

Premio

ESTADOS UNIDOS DESPUÉS DEL 4 DE NOVIEMBRE DE 2008: LOS FUTUROS ESCENARIOS DE POLÍTICA EXTERIOR Y AMÉRICA LATINA.

Msc. Carlos Oliva Campos.

Muy cerca ya del 4 de noviembre, un por ciento de los votantes estadounidenses —no la mayoría precisamente—, dará su voto a uno de los dos candidatos en campaña, el demócrata Barack Obama o el republicano John McCain. A estas alturas pueden encontrarse suficientes escritos —y aparecerán otros tantos— dedicados a hacer un balance de lo que han sido estos ocho años de gobierno para los Estados Unidos y para el resto del mundo.

Siendo la Administración Bush II exponente de importantes grupos de poder, de profunda raíz neoconservadora, no faltarán voces que otorguen una puntuación relativamente positiva a su gestión, a pesar de los grandes descabros sufridos, sobre todo en este último año de gobierno. No obstante, más allá de las discrepancias y convergencias entre apologistas y detractores, son suficientes los argumentos para pensar que estamos despidiendo a uno de los gobiernos más peligrosamente mediocres en la historia de los Estados Unidos.

En realidad, si recordamos que surgió de una dudosa victoria electoral que amenaza con reeditarse, considerando las señales sobre un posible nuevo fraude para favorecer a McCain. Si recordamos que los trágicos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 fueron utilizados por esa elite neoconservadora para legitimar a un ilegítimo Presidente, maniatar a un Congreso mayoritariamente opositor y desplegar un sistema de espionaje y control sobre la ciudadanía sin precedentes. Si recordamos que esos neoconservadores involucraron al país, mediante su “cruzada antiterrorista”, en una guerra infinita que llena de dudas a sus más fieles seguidores, aunque no lo asuman públicamente, no debe sorprender ese calificativo y mucho menos pensar que responde a un mero discurso ideológico de sus adversarios.

De entre las tantas lecciones a extraer de la ejecutoria política de la Administración Bush II, una de las más preocupantes es el camino tan resbaladizo por el que ha conducido a la política exterior estadounidense y las graves fisuras domésticas que ha provocado. En un artículo publicado en *Foreign Affairs*, Charles A. Kupchan y Peter L. Trubowitz, llegaron al siguiente diagnóstico sobre la actual política exterior estadounidense:

“...Luego de la desaparición de la Unión Soviética, la conmoción del 11-S y los fracasos de la Guerra en Irak, los republicanos y los demócratas tienen menos puntos en común sobre los objetivos fundamentales del poderío estadounidense que en cualquier momento desde la Segunda Guerra Mundial. Se ha abierto una brecha crítica entre los compromisos globales del país y su apetito político por sostenerlos. Como quedó en claro con la colisión entre el Presidente George W. Bush y el Congreso dominado por los demócratas sobre lo que hay que hacer en Iraq, el consenso nacional bipartidista sobre política exterior se ha desmoronado. Si no se atiende, los fundamentos políticos del poder estadounidense continuarán desintegrándose y expondrán al país a los peligros de una política exterior errática e incoherente.”¹

La ruptura del consenso bipartidista en el ámbito de la política exterior es consecuencia, entre otras causas, de la falta de un proyecto hegemónico capaz de sustituir eficazmente al modelo hegemónico global que logró articular Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. La búsqueda del “enemigo” que sustituyera a la URSS, las indefiniciones sobre el “interés nacional” y los permanentes debates sobre la seguridad nacional en la posguerra fría, son expresión de esos déficit. Por eso la validez de la alerta declarada por Henry Kissinger sobre el mundo mucho menos seguro que debía enfrentar los Estados Unidos, marcado por una “difusión del poder” y con un evidente decrecimiento de su capacidad para ejercer su liderazgo mundial.²

Kupchan y Trubowitz afirman que el consenso bipartidista comenzó a derrumbarse en 1994 con William Clinton, cuando los republicanos lograron la mayoría en el Congreso y que George W. Bush se encargó de dismantelar lo que quedaba.³

En las últimas décadas se ha ido acuñando con fuerza el criterio de que los demócratas están cada vez menos preparados para enfrentar los desafíos del mundo actual. Es común escuchar o leer sobre la firmeza y la disposición republicana a asumir los riesgos necesarios para proteger a la nación, mientras que los demócratas son acusados de débiles e inconsecuentes en el manejo de los asuntos del país. Mucho pesa en estas percepciones los sobrevaluados éxitos de la Era Reagan-Bush I (1981-1992). Y si bien es cierto que las lecturas generales sobre las últimas administraciones demócratas —Jimmy Carter (1976-

¹ Charles A. Kupchan y Peter L. Trubowitz, “Estrategia integral para un Estados Unidos dividido”, *Foreign Affaire*, en Español, ITAM, México D.F., Vol.7, No. 4, 2007, p.142.

² Henry Kissinger, *La Diplomacia*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1996, p.806.

³ Charles A. Kupchan y Peter L. Trubowitz, Ob. cit., pp. 146-147.

1980) y William Clinton (1993-2000)— no los favorecen ante buena parte de un electorado supeditado a la “opinión pública”, el centro de las críticas ha sido su poco éxito en el ejercicio del “poder duro”, factor muy bien manejado por los republicanos.

En un conocido artículo publicado en *Foreign Affairs*, Joseph Nye, define el “poder blando” como la capacidad que tiene Estados Unidos de atraer a otros por la legitimidad de sus políticas y de los valores que las sustentan.⁴ Por oposición, el “poder duro” se concentra esencialmente en el empleo de mecanismos que ejercen la fuerza, sobre todo en el orden militar. Pero la ruptura del equilibrio en el manejo de ambos poderes ha afectado definitivamente a una nación que nació inspirada en el espíritu de la Revolución Francesa para convertirse en el más poderoso imperialismo del mundo desde la era moderna.

Es evidente que los gobernantes de Estados Unidos en la posguerra fría no han sabido articular un nuevo proyecto hegemónico que le resulte funcional ante las nuevas condiciones históricas. Además de una mirada falta de realismo al mundo que lo rodea, deben también prestar atención a requisitos orgánicos tan importantes como la recomposición del mencionado consenso bipartidista y algo que a todas luces se presenta más difícil, buscar un equilibrio racional en el manejo de los consabidos poderes. Nye afirma en su artículo:

“Con el final de la guerra fría, el poder blando parecía prescindible, y los estadounidenses tuvieron más interés en ahorrar dinero que en invertir en ese poder. (...) El poder blando se había vuelto tan identificado con la guerra fría, que pocos estadounidenses se dieron cuenta de que, con el advenimiento de la revolución informativa, ese poder adquiriría mayor importancia, no menor.”⁵

George Bush, padre, (1988-1992) hizo de la primera guerra del golfo el centro de atención de su administración, tras producirse en el verano de 1990 los últimos esfuerzos baldíos de la agotada URSS. Los documentos sobre Seguridad Nacional de la época reflejaban las grandes indefiniciones y preocupaciones que predominaban.⁶ La guerra contra Iraq sirvió para marcar nuevamente el terreno del líder. Un terreno que sus aliados no cuestionaban, porque ya habían reducido las distancias económicas del pasado. Pero el poder duro era el recurso para

⁴ Joseph S. Nye, “La decadencia del poder blando de Estados Unidos”, *Foreign Affairs* en español, ITAM, México D.F., Vol.4, No. 3, 2004, pp.127.

⁵ *Ibíd.*, p.129.

⁶ U.S.NATIONAL SECURITY STRATEGY, 1991, en <http://www.fas.org/man/docs/918015-nss.htm>. Accessed on november 6, 2006.

defender la hegemonía global. Por eso cuando los neoconservadores impusieron a Bush, hijo en la Casa Blanca, toda su estrategia estuvo encaminada a crearle las condiciones para ejercer su poder duro, apostando a la lucha contra un nuevo enemigo, el terrorismo.

LOS CANDIDATOS Y SUS OPCIONES PARA CAMBIAR EL RUMBO

Más allá de que Obama y McCain hayan emergido como los candidatos a la Presidencia de Estados Unidos y centrando nuestro análisis en el ámbito de su política exterior, ¿se puede confiar en que alguno de ellos tenga la capacidad, la disposición y el apoyo político para al menos iniciar el necesario proceso de cambios que demanda las relaciones internacionales de ese país? El seguimiento de la campaña electoral muestra a un McCain tratando de distanciarse cada vez más de Bush, aunque no convenza a buena parte del electorado. En este sentido, tal vez resulte objetivo este perfil que hace Robert Mathews sobre McCain:

“A primera vista la política exterior de John McCain parece una versión “Light” del militarismo de Bush, pero con planes detallados que el elegante Rumsfeld desdeñaba. Su visión no es la de un neoconservador haciendo énfasis en un unilateralismo muscular, guerras preventivas y aventuras militares para rehacer países y reconfigurar regiones. Más bien la visión de McCain es la de un político neoconservador más tradicional, patriota, pro militar, defensor del imperio.”⁷

Durante toda su campaña confrontando a Obama, McCain lo ha acusado de ser una persona muy poco experimentada en los temas de la política exterior, realizando a su favor su condición de “héroe” tras su desempeño militar en Vietnam y sus años como prisionero de guerra. Tal vez la partida entre ambos candidatos se niveló cuando Obama escogió a un conocido experto en asuntos internacionales como el senador Joseph Biden, como su Vicepresidente; en tanto McCain optaba por una figura desconocida y polémica como la Gobernadora de Alaska, Sara Palin.

Cuando se repasan las posiciones con respecto a la guerra en Iraq, el tema más candente de la agenda de política exterior, hay diferencias entre ambos con respecto a un hecho crucial, el plazo y las condiciones bajo las cuales retirarían a las tropas estadounidenses. McCain defiende la poco realista perspectiva de decidir una retirada cuando quede asegurada la victoria. Pero Obama considera que hay que proceder a una retirada gradual, desviando su foco de atención hacia

⁷ Robert Mathews, “EE.UU.2008 y la política exterior: Qué esperar de una presidencia de John McCain”. *Fride*, 7 de marzo de 2008, p. 1.

otro terreno igual o más pantanoso aún, Afganistán. Aunque a Obama lo favorece el pensar en un eventual regreso a casa de un número importante de las tropas con la consiguiente reducción de los gastos de guerra, las distancias entre ambos enfoques no resultan suficientes. Se aprecia, por ejemplo, al mantener ambos la misma disposición de luchar contra el terrorismo en el Medio Oriente que significa, en esencia, garantizar los grandes intereses petroleros en juego. Esto corrobora que la confrontación partidista tiene sus límites cuando se trata de los “consensos esenciales” determinados por los grandes intereses económicos que manejan los hilos de la política exterior estadounidense.

Algo muy interesante en este panorama es que ambos candidatos son apreciados por algunos analistas, como exponentes de momentos políticos determinados que deben sucederse. Objetivamente, existe consenso en cuanto a la imposibilidad de asumir un cambio abrupto del actual estado de cosas, sino que debe procederse gradualmente. Lo que apunta a un período X de continuidad, pero menos rígida y abriendo espacios a nuevas políticas, económicas, diplomáticas y militares. Para ese hipotético primer momento, McCain puede llegar con su aureola de “continuista”, con una Vicepresidente y un equipo de asesores que llena de interrogantes al pensar en el proceso de preparación para asumir los cambios que demanda el sistema. A la luz de hoy McCain es, simplemente, un continuista.

Obama por su parte, a pesar de todas las interrogantes que lo rodean, muestra un equipo vicepresidente-asesores mucho más sólido y mejor preparado para avanzar más allá de una simple continuidad. Por lo menos está tratando de vender una propuesta basada en las políticas que dieron tanto éxito en el pasado al Presidente Franklin Delano Roosevelt; lo cual no significa que ese sea el camino, sino que al menos sus asesores, pensaron en alguna alternativa.

El 23 de mayo pasado Obama pronunció un discurso en Miami, que ha quedado como uno de los más significativos de su campaña. Teniendo en su auditorio a los principales directivos de la Fundación Nacional Cubano-Americana, Obama delineó su proyecto de políticas hacia América Latina basada en las conocidas cuatro libertades de Franklin Delano Roosevelt, a saber, libertad política, libertad religiosa, libertad “de los de abajo para reclamar sus derechos” y la libertad para protegerse del temor, que para Obama es fortalecer la seguridad contra el narcotráfico, el terrorismo y el crimen organizado. No obstante, tras un análisis integral de su discurso, Forrest Hylton, un investigador de los temas latinoamericanos señaló:

“Para decir la verdad, el mejor momento para reconsiderar la política de EEUU hacia América Latina antes de que sea demasiado tarde es ahora mismo. Esta es

la hora de introducir algo como una versión renovada de la política del buen vecino. Sin embargo, cuando Obama plantea explícitamente la interrogante de quien perdió a América Latina, él contesta su propia pregunta con una serie de posiciones derechistas que son, vamos a decir, más conservadoras que las del Consejo para las Relaciones Exteriores, el cual representa el consenso con respecto a la política exterior estadounidense establecida.”⁸

Por su parte, Michael Shifter, Vicepresidente de Diálogo Interamericano afirmó sobre el candidato demócrata:

“No está claro cuando Obama podrá concentrar su atención en América Latina, hasta ahora ignorada en la campaña, salvo de modo secundario en los temas de comercio e inmigración. El no conoce la región, mientras McCain nació en la zona del Canal de Panamá y ha hecho muchos viajes a América Latina, incluyendo el reciente, como candidato, a Colombia y México. Si es elegido, Obama deberá enfrentar los temas de mayor preocupación para los latinoamericanos y adoptar posiciones frente a ellos. Inevitablemente, muchos se sentirán desilusionados. Pero su reciente viaje mostró su inclinación a escuchar a todas las partes y buscar soluciones pragmáticas. Esa receptividad sería un aliento de aire fresco.”⁹

El reciente viaje al que hizo alusión Shifter fue el realizado por Obama a países de Europa y el Medio Oriente en septiembre pasado. Según Shifter, el pragmatismo de Obama se puso de manifiesto cuando envió firmes señales contra Irán, además de apoyar al Presidente colombiano Álvaro Uribe tras el ataque de tropas colombianas a un campamento de las FARC en territorio ecuatoriano. El apoyo brindado por Obama al gobierno colombiano lo colocó del lado de la Administración Bush y opuesto a América Latina, alimentando aún más los vientos de conflicto que rondan el área andina.

Tal vez la siguiente reflexión de Peter Smith, profesor de la Universidad de California, resumió tanto las preocupaciones como las expectativas que despierta Obama cuando afirmó en una entrevista: “En el corto plazo yo creo que McCain sería el más adecuado, pero a largo plazo Obama podría ser una mejor apuesta porque parece más abierto a aprender y escuchar.”¹⁰

⁸ Tom Barry, “Obama, América Latina y FDR. Programa de las Américas”. Comentario, en www.ircamericas.org, 10 de septiembre de 2008, p. 2.

⁹ Michael Shifter, “Barack Obama y América Latina”, EL TIEMPO.COM , septiembre de 2008, pp. 1-2.

¹⁰ Lourdes Heredia, “Obama o McCain: ¿Cuál para América Latina?” BBCMUNDO.COM, viernes 13 de junio de 2008, p.2.

Por supuesto estamos ante una declaración que abre espacios para muchas reflexiones. Una de ellas bien puede ser, dejemos que McCain intente enmendar en algo los desastres causados por los neoconservadores —aunque las expectativas sean muy vagas—, para que su retirada del gobierno sea menos costosa en términos de eventuales retornos futuros. Compárese los momentos en que Reagan e incluso Bush padre dejaron la Casa Blanca, con la desastrosa salida del actual Presidente y los sectores que lo apoyan. Así Obama derrotaría a McCain en las elecciones del 2012 —sin olvidar las aspiraciones de Hilary Clinton—, con una supuesta mayor experiencia en los asuntos internacionales que le permita iniciar un proceso de cambios con un adecuado consenso interno. Pero acercando más ese hipotético escenario a la realidad actual, podría pensarse que los acontecimientos marcharían por un continuismo esencial de ambos candidatos, en sus primeros años de gobierno o hasta pensando en un primer mandato. Tal vez Smith considera que McCain no va a hacer sino eso y que Obama no podrá —si es que realmente se lo propone— cambiar el rumbo de los acontecimientos en el corto plazo.

No obstante, lo cierto es que Obama, demócrata y peor aún para el establishment estadounidense, negro, se presenta con algunos atractivos; dado que su combinación de pragmatismo y mano dura puede hacerlo competente para la necesaria transición gradual que se demanda. Tal vez sea eso lo que apreció Colin Powell, un apoyo nada despreciable para el candidato demócrata.

LOS REACOMODOS IMPERIALISTAS Y SUS PROBABLES IMPACTOS EN EL DISEÑO GLOBAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR

Los dos últimos años de la Administración Bush, 2007 y 2008, mostraron con mayor nitidez las profundas fisuras existentes al interior de los grupos de poder que se posesionaron del gobierno con la Administración Bush. En el citado artículo de Kupchan y Trubowitz, los autores señalaron que:

“Formular una estrategia políticamente solvente requerirá reducir los compromisos, a tenor de recursos cada vez menores. Al mismo tiempo será necesario estabilizar la política exterior promoviendo el apoyo público para una nueva visión de las responsabilidades globales del país. La solvencia es el camino hacia la seguridad; es mucho mejor que Estados Unidos llegue a una estrategia integral más exigente, favorecida por el respaldo interno que continuar yendo a la deriva hacia una polarización insuperable que sería tan peligrosa como humillante.”¹¹

¹¹ Charles A. Kupchan y Peter L. Trubowitz, Ob. cit., pp.142-143.

Las salidas de diferentes funcionarios, algunos de muy alto rango como el Secretario de Defensa Rumsfeld y el retorno a la invisibilidad del Vicepresidente Richard Cheene, fueron evidenciando la polarización interna que avanzaba. También al interior del Departamento de Estado las sustituciones primero de Otto Reich y después de Roger Noriega, responsabilizados con los asuntos latinoamericanos fueron otra muestra de que su gestión sólo serviría para reducir aún más los canales de comunicación con la región.

A inicios de 2008 se produjo un acontecimiento político, mucho más visible para los analistas, que marcó un punto de inflexión en torno al debate sobre el futuro de la política exterior estadounidense. Fue un golpe interno proveniente no sólo de actores directos dentro de la Administración Bush, sino de instancias clave de la estructura gubernamental. El golpe estuvo encabezado por Robert Gates, Secretario de Defensa, contando con el apoyo de los altos mandos militares, sectores clave de la “comunidad” de inteligencia —sobre la cual Gates tiene ascendencia por su condición de ex Director de la CIA— e incluso Condoleezza Rice, la Secretaria de Estado, tratando de salvar algo de su muy comprometida imagen política. La acción, que tuvo como argumento principal impedir que se extendiera la guerra a Irán, tenía como telón de fondo la creciente oposición a la gestión internacional del actual gobierno.

Norman Birnbaum considera muy probable que la campaña electoral propicie el surgimiento de una nueva alianza política, formada por los mencionados responsables del golpe político a Bush y otras figuras como Brent Scowcroft, ex asesor de Bush padre —esta supuesta paradoja es lo que lo hace creíble—, todos bajo el patrocinio de una elite empresarial y financiera reunida en el Council on Foreign Relations. Según Birnbaum:

“Este grupo es bipartidista en tanto que apoya a cualquier partido o político dispuesto a aceptar sus directivas en materia de política exterior y económica. Ha sido un protagonista implacable de la liberalización económica internacional que constituyó el pilar de la política económica de la administración de Bill Clinton. Está claro que no representa a todo el capitalismo estadounidense, ya que existen concentraciones de intereses regionales importantes (en el sur, en el suroeste y en la costa del Pacífico) con proyectos diferentes y a veces opuestos. Es difícil imaginarse al grupo del noreste recibiendo con demasiado entusiasmo la candidatura de McCain. Ellos han elegido a Clinton, pero si falla, ¿se dirigiría este sector de la elite hacia Obama? Supongo que sí y que luego nos enfrentaríamos a las contradicciones e inestabilidades de una unión (inevitablemente temporal) de

los imperialistas inteligentes y racionales con los defensores más enérgicos del fin del imperio moderno estadounidense.”¹²

A estas alturas con la campaña electoral prácticamente concluida y las encuestas dando a Obama como probable vencedor, las opiniones de Birnbaum deben ser sopesadas con sumo cuidado. En todo caso, de lo que no queda ninguna duda, es del hecho de que los grupos de poder en los Estados Unidos saben que deben variar el rumbo. Pero hablar de la existencia dentro de esas elites de sectores que abogan por el fin del imperio moderno estadounidense demanda de una autopsia muy bien detallada.

Si se interpreta que Birnbaum habla de imperialismo moderno refiriéndose al momento histórico posterior a la Segunda Guerra Mundial, es muy cierto que no es ese el mundo que vive y enfrenta hoy los Estados Unidos. Desafiando toda posible polémica —siempre esperando que se revierta en conocimiento—, se debe suponer que el imperialismo moderno concluyó al terminar la Guerra Fría, aunque prevaleció en muchas mentes dentro de las esferas de poder en Estados Unidos. Las razones esenciales ya quedaron planteadas. La guerra fría fue un gran tablero de ajedrez, donde muchas de las principales situaciones estaban definidas. La posguerra fría es otro juego en el cual, las condiciones para la partida son muy diferentes, sin los protocolos de antaño y con un número mayor de jugadores, disímiles y no siempre convencionales. Cuando se hace una disección a ese período histórico emergen conclusiones muy interesantes. Fueron tiempos de consensos bipartidistas esenciales y de un manejo equilibrado de los poderes duro y blando de los Estados Unidos. Pero también quedó claro que una tendencia imperialista neoconservadora se posesionó de la Casa Blanca, cerrando ese ciclo de la historia norteamericana como los grandes vencedores.

El pretender manejar un mundo diferente y mucho más complicado para los Estados Unidos, arrastrando los costos de sus largas batallas de la guerra fría, fue lo que decretó la derrota de Bush, padre y abrió un momentáneo espacio para un imperialista “liberal” como Clinton. Pero los neoconservadores supieron sacar provecho de los errores cometidos por Clinton y ayudados por el fraude electoral regresaron a la Casa Blanca colocando a George W. Bush.

¹² Norman Birnbaum, “Claroscuro en la política exterior de Estados Unidos”, *Política Exterior*, No. 122, Madrid, marzo-abril de 2008, p. 52.

Aspiremos entonces a pensar que lo que están tratando de sepultar estos “imperialistas inteligentes y racionales” es al fantasma de ese imperialismo moderno, poco realista e inoperante para los Estados Unidos en los tiempos que corren. No están sepultando a los imperialistas neoconservadores, este es otro tema muy diferente. Debemos pensar que no es un problema de tendencias, sobre todo considerando que Birnbaum lo define como un grupo bipartidista. Podría suponerse que es un proyecto sistémico, para tratar de rencauzar no sólo la política exterior del país, sino otros tantos grandes problemas, en particular la economía nacional.

La construcción de este proyecto hegemónico, imperialista contemporáneo, para la posguerra fría, intentaría restañar los daños sufridos por la política exterior estadounidense durante el período de transición en que ha vivido la caída de la URSS. En su artículo Kupchan y Trubowitz, proponen una estrategia integral basada en los siguientes componentes:

1-.Una mayor de copartición de responsabilidades de los aliados y alianzas leales; rememorando las viejas tesis de Nixon/Kissinger sobre el redespiegue estratégico y el papel de los aliados regionales.

2-. Combatir a los terroristas, sus células. No buscar cambios de regímenes. Dar un mayor empleo a los recursos políticos, económicos —y de inteligencia obviamente. Lo interesante en este aspecto, es que los autores invocan el uso del “poder blando”:

“...Al reconocer que la reforma en el mundo árabe se producirá con lentitud, Washington debe aplicar políticas que apoyen con paciencia el desarrollo económico, el respeto a los derechos humanos y la pluralidad religiosa y política. También debe forjar sociedades de trabajo con países preparados para combatir el extremismo...”¹³

3-.Reconstruir el “poder duro” de la nación, mediante la aprobación de fondos por el Congreso para atender “el efecto devastador de la guerra en Irak sobre la disponibilidad, el equipamiento y la moral de las fuerzas armadas estadounidenses.”¹⁴

4-. Desarrollo de una política de compromisos con sus principales adversarios.”Si estos esfuerzos hacen eco, prometen rendir beneficios importantes que

¹³ Charles A. Kupchan y Peter L. Trubowitz, Ob. cit., p.151.

¹⁴ *Ibid*, p.152.

acompañarían al acercamiento. Si Washington es rechazado, puede sentirse seguro al permanecer en guardia y por tanto evitar el riesgo de una exposición estratégica”.¹⁵

5-.Lograr una mayor independencia energética.

No resulta sorprendente que, en esencia, estos cinco puntos de la “estrategia integral” miren más al pasado que hacia el futuro, pero ese es el rumbo inexorable del imperialismo estadounidense. Hay un agotamiento de todos sus métodos conocidos y cualquier cambio a asumir por esa elite de poder, sólo apuntaría a tratar de perpetuar su hegemonía mundial. Lo interesante es que cualquier resultado positivo que obtengan requiere de una economía fuerte —hoy no es el caso—, que soporte la asfixiante carrera armamentista y no ceder espacios en la incesante carrera por las innovaciones tecnológicas que le imponen algunos de sus principales aliados.

LA DIPLOMACIA ESTADOUNIDENSE PARA EL SIGLO XXI. UN PROYECTO DE CONTINUIDAD

Cualquier cambio que pueden asumir los imperialistas estadounidenses de seguro no va a obviar el enfrentamiento a todo proceso nacionalista, en cualquiera de sus versiones, que sea percibido como una amenaza a los intereses estadounidenses. Al parecer, llevado de la mano de Condoleezza Rice, se fue gestando desde inicios de 2006 un proyecto bautizado por la Secretaria de Estado como “diplomacia transformacional”.

Después de analizar algunas de las más conocidas intervenciones y escritos de la Rice en estos últimos años sobre el mencionado proyecto, pueden definirse cuatro postulados principales:

1-.ACCIÓN COMBINADA DEL PODER DURO Y EL PODER BLANDO.

En una audiencia ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes del Congreso estadounidense, la Secretaria de Estado Condoleezza Rice señaló que “para ser exitosos, la fuerza de las armas es necesaria, pero no suficiente. Estamos movilizando nuestros principios democráticos, nuestra asistencia de desarrollo, nuestra compasión, nuestra

¹⁵ Ibíd.

diplomacia multilateral y el poder de las ideas para ganar lo que será una lucha generacional”.¹⁶

Según Condoleezza Rice, para enfrentar los desafíos del siglo XXI se requiere de la transformación y una mejor integración de las instituciones en los Estados Unidos del poder duro y el poder blando.¹⁷ La superación de los desafíos del siglo XXI no se logrará con poder militar o ningún otros medio por sí mismo, sino que exigirá la integración completa de la defensa, la diplomacia, la asistencia al desarrollo, los esfuerzos de promoción de la democracia, el libre comercio y el trabajo del sector privado y la sociedad.¹⁸

2-.ALIANZAS DEMOCRÁTICAS.

Según Condoleezza Rice, “el desafío para Estados Unidos es crear una estrategia nacional de seguridad que se centre en trabajar con aliados internacionales para construir y sostener un mundo de estados democráticos bien gobernados. Exige que los países respondan a las necesidades de sus pueblos, reduzcan la pobreza ampliamente extendida y se comporten de modo responsable en el sistema mundial”.¹⁹

“Permítanme que lo diga claramente —aclaró la Rice— la diplomacia transformacional se arraiga en la asociación, no en el paternalismo; en hacer las cosas con las personas, no por ellas.”²⁰

En su citado artículo, Birnbaum es menos condescendiente que la Rice con el panorama global que enfrenta el país:

“El almirante Michael G. Mullen ha afirmado que en vista de los limitados recursos de sus país, la tarea de supervisar el mundo y abordar las crisis regionales sólo se

¹⁶ Condoleezza Rice, “Venezuela vive un ‘asalto a la democracia’” David Brooks (Corresponsal), Reuter, Washington D.C., jueves 8 de febrero de 2007, en www.pressdisplay.com, p. 1.

¹⁷ Condoleezza Rice, “Rethinking the National American Realism for a New World”, *Foreign Affairs*, USA, july-august 2008, p.8.

¹⁸ Merle D. Kellerhals Jr., “Secretaria Rice se refiere a la diplomacia de EE.UU. en el siglo XXI. La política internacional se descentraliza cada vez más”, USINFO.STATE.GOV, 3 de marzo de 2008, en <http://usinfo.state.gov/esp>, p.2.

¹⁹ *Ibíd.*

²⁰ Rebeca Ford Mitchell, “Los nuevos desafíos requieren nuevas estrategias diplomáticas, dice Rice”, USINFO.STATE.GOV, 19 de enero de 2006, en <http://usinfo.state.gov/esp>, p.2.

podría llevar a buen término mediante acuerdos específicos y alianzas de distintas configuraciones, algunas más permanentes y otras para períodos limitados. Es obvio que, para los planificadores de Washington, la OTAN es una institución permanente con un campo de operaciones ilimitado. La nueva estrategia global estadounidense se basa en la idea de EE UU como el nuevo Israel, con una misión redentora para toda la humanidad y no sólo para sí mismo. EE UU tiene una gran capacidad para transformar (retóricamente) el comportamiento banal y a veces sórdido de la nación en una muestra de sus sublimes cualidades espirituales.”²¹

Birbaum se refirió al informe del Consejo de Inteligencia Nacional de 2004 (Mapping the global future) el cual, en su opinión, ofrece un objetivo análisis de los grandes desafíos que enfrenta los Estados Unidos en este mundo *multipolar*. Y concluye que “nuestros diminutos césares prefieren, como el César de la obra de Shakespeare, a aquellos que no piensan demasiado. La administración Bush puede estar tranquila: nadie la acusará de eso.”²²

3-EL BUEN GOBIERNO.

Condoleezza Rice en sus intervenciones sobre la “diplomacia transformacional”, planteó la revisión de los programas diplomáticos de los Estados Unidos en el mundo, dando un mayor peso a dos segmentos o grupos de países; uno, que contempla a algunas de las principales potencias emergentes de hoy, a saber, China, India y Brasil; a estos se suman otros países importantes dentro del sistema internacional, como Sudáfrica e Indonesia. El segundo segmento, al cual dedica especial atención, centra su interés en aquellos estados considerados “fallidos” en su gestión democrática.

Siendo un concepto relativamente reciente —una primera aproximación al tema la ofreció Anthony Lake—,²³ se ha reunido un sinnúmero de argumentos para caracterizar a un estado como “fallido”. Para el sociólogo venezolano Jorge Arturo Reyes:

“Como Estados fallidos o frágiles han sido catalogados aquellos Estados que: causan oleadas de inmigración; incurren o permiten la violación de los derechos humanos; provocan desastres humanitarios; protegen o tienen incapacidad de

²¹ Norman Birnbaum, Ob. cit., pp.4-47.

²² Ibíd., p.55.

²³ Confronting Backlash States, *Foreign Affairs*, march-april, 1994, pp.45-55.

controlar la violencia estatal, paraestatal y no estatal, el narcotráfico y el terrorismo; violan o no son estrictos en el ejercicio de hacer cumplir el Estado de derecho y el “imperio de la ley”; son incapaces de enfrentar epidemias y pandemias; tienen dificultad en el control de sus territorios y en proporcionar seguridad a sus ciudadanos; tienen incapacidad en el sostenimiento del orden legal interno; pierden el monopolio legítimo de la violencia; son incapaces en el suministro de servicios públicos; impiden la cohesión social; carecen de fortaleza institucional en la administración de justicia; adolecen de legitimidad institucional en cualquiera de sus poderes públicos; han colapsado como producto de guerras internas, genocidios y desastres naturales; tienen posibilidades de secesión; carecen de legitimidad democrática y rendición de cuentas y tienen debilidad económica, política y social para superar la pobreza y la exclusión social.”²⁴

Después de leer tan largo rosario de problemas, podemos preguntarnos ¿Qué argumentos quedan fuera de esta lista para evitar una intervención de Estados Unidos? ¿Está el propio Estados Unidos libre de algunas o muchas de esas culpas?

Además de Iraq, Irán y otros países históricamente criticados, aparecen de nuestro hemisferio Haití, Cuba, Venezuela y Bolivia.

Haití, por la vulnerabilidad extrema que presenta en todos los órdenes, ha sido un país utilizado como “test case” por las últimas administraciones estadounidenses. La operación estadounidense más reciente fue en 2004, cuando se apoyó el derrocamiento del Presidente electo Jean Bertrand Aristide, a través de acciones del Fondo Nacional para la Democracia —en inglés National Endowment for Democracy— y la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID).²⁵

Cuba es el caso más antiguo —ya casi 50 años de confrontación política—, siendo un país contra el cual los Estados Unidos han ensayado todas las variables, incluidas las militares. Recordemos que se orquestó una invasión militar indirecta (Playa Girón, 1961) —siguiendo el patrón de intervención que les dio éxito en Guatemala en 1954— llegándose al preámbulo de una guerra nuclear con la crisis del Caribe de octubre de 1962.

²⁴ Jorge Arturo Reyes, “Imperio y Estados fallidos”, *Política Exterior y Soberanía*, año 3, número 8, enero-marzo de 2008, Caracas, p.48.

²⁵ Laura Carlsen y Tom Barry, “Enfrentamiento en las relaciones E.U.-América Latina. ¿Hegemonía estadounidense o política del buen vecino?”, INTERNATIONAL RELATIONS CENTER, Reporte Especial, marzo 2006, en <http://ircamericas.org/esp/3172>, p.6.

Pero lo que interesa rescatar de ese largo conflicto, es una gran diferencia que sustenta hoy las operaciones de la diplomacia transformacional contra Venezuela y Bolivia, fundamentalmente. En el caso de Cuba, con el triunfo del proyecto revolucionario liderado por Fidel Castro en 1959, se abrió un proceso gradual, sostenido y masivo de salida del país de la gran burguesía cubana, muy vinculada a intereses estadounidenses y las capas y sectores políticos y sociales más cercanos a esta. Con ello la lógica de subversión contra el gobierno cubano adquirió una dimensión externa, pasando su base de operaciones a territorio de los Estados Unidos y teniendo en la derecha cubano-americana basificada fundamentalmente en La Florida, a la fuerza de enfrentamiento directo contra la isla, mediante operaciones encubiertas y reconocidas acciones terroristas. A inicios de los años ochenta del siglo XX, con el gobierno de Ronald Reagan, se otorgó una abierta y progresiva responsabilidad como aparato de subversión interna a la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana, único mecanismo diplomático bilateral negociado en tiempos de Jimmy Carter (1977). La SINA, como se le conoce en Cuba, es el único reducto operacional que mantiene hoy Estados Unidos dentro de Cuba y el centro desde el cual se han desarrollado las diferentes estrategias diplomáticas, hasta llegar a su variable “transformacional”, de la cual Cuba ha sido sin dudas su más añejo laboratorio.

Tanto en Venezuela como en Bolivia, se mantienen viviendo y trabajando amplios sectores, actuando como una oposición política organizada y con un reconocido poder económico. También en ambos casos, aunque más acentuado en Bolivia, estas fuerzas opositoras mantienen líderes regionales, a nivel gubernamental o departamental, según la estructura político-institucional de estos países. De ahí que la diplomacia transformacional ya no dependa solamente de la Embajada estadounidense, un mecanismo siempre clave, sino de esos otros importantes aliados internos.

Como parte de esa nueva diplomacia para el siglo XXI, Condoleezza Rice señaló que:

“La diplomacia transformacional requiere mudar la presencia para fuera de las capitales y diseminarlas más extensamente a través de los países (...) Hay casi doscientas ciudades alrededor del mundo con una población en torno del millón de habitantes donde los Estados Unidos no tienen presencia diplomática formal” ²⁶

Y seguidamente, refiriéndose a las nuevas formas definidas para el trabajo de los diplomáticos estadounidenses expresó que:

²⁶ Rebeca Ford Mitchell, Ob. cit., p.3.

“...trabajarán en comunidades diferentes y servirán en diferentes condiciones, como las misiones de reconstrucción y estabilización, en que deben asociarse más directamente con las fuerzas armadas (...) en las intersecciones críticas de la diplomacia, de la promoción de la democracia, de la reconstrucción económica y de la seguridad militar.”²⁷

4-. SEGURIDAD INTERIOR.

De entre los tantos peligros que entraña para nuestros países la nueva estrategia, llama la atención como en el plano de la seguridad nacional se hace una interpretación bajo la cual todo el sistema internacional queda articulado a esa lógica, a partir de considerar que un problema de seguridad al interior de un país, puede tener repercusiones negativas para el resto. Según la Rice, “muchos estados son simplemente demasiado débiles, demasiado corruptos o son gobernados muy deficientemente como para llevar a cabo la realización de responsabilidades básicas de la soberanía tales como la vigilancia policial de su territorio, gobernar justamente, ayudar a su pueblo a realizar su potencial y prevenir las amenazas dentro de sus países provenientes de la desestabilización de sus vecinos y en última instancia, del sistema internacional.”²⁸

Como se recordará, privilegiar los enfoques sobre la seguridad nacional desde una lógica interior se impuso definitivamente en los Estados Unidos con los sucesos el 11 de septiembre de 2001; convirtiendo al país en un estado controlado por los servicios de espionaje y los mandos militares. El extender similar interpretación al resto de las naciones, permite crear una red global de espionaje y control de estados y ciudadanos en cualquier lugar del planeta. Veamos cómo ha venido aplicando su nueva lógica de la seguridad mundial.

Desde el propio año 2001, el Presidente Bush ha solicitado al Congreso un incremento de alrededor de un 54% de los fondos para la diplomacia y el fomento del desarrollo a nivel internacional. En el 2008 se solicitó al Congreso la creación de 1,100 nuevos puestos para funcionarios del Departamento de Estado y 300 nuevos puestos para funcionarios de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.²⁹

²⁷ Ibíd.

²⁸ Merle D. Kellerhals Jr., Ob. cit., p.2.

²⁹ Condoleezza Rice, “Rethinking the National American Realism for a New World”, p.8.

En el 2001, el presupuesto para la asistencia externa ascendió a 862 millones de dólares. En el presente año, esa cifra es de 1,4 millones de dólares.³⁰

El pasado mes de junio, Jeremy Bigwood, periodista de *In These Times*, publicó un artículo en el cual expone alarmantes niveles de subversión interna de diferentes agencias del gobierno de los Estados Unidos. Según Bigwood, el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, el Fondo Nacional para la Democracia, el Consejo Superior para la Radiodifusión y el Instituto de Estados Unidos para la Paz, “financian el desarrollo” de periodistas y medios informativos de más de 70 países.³¹

Según el propio artículo, estos programas de “ayuda”, mantienen centenares de organizaciones no gubernamentales, periodistas, políticos, asociaciones de periodistas, medios informativos, institutos de mejoramiento de periodistas y facultades académicas de periodismo; extendiéndose los fondos asignados desde miles hasta millones de dólares. Sin incluir el dinero del Pentágono, de la CIA y de las Embajadas estadounidenses, en los países “receptores”.³²

Realmente el artículo de Bigwood es de obligada lectura por la contundente y detallada denuncia que hace de los proyectos subversivos del gobierno de su país.

El Chile de Salvador Allende —recuérdese el papel del diario opositor *El Mercurio*—, la Nicaragua sandinista —el diario *La Prensa*—, pasando por el Plan Colombia hasta llegar a las actuales operaciones en Venezuela y Bolivia, sólo evidencian la larga historia de subversión de los Estados Unidos contra todo proyecto político que “lo amenace”.

UNA REFLEXIÓN FINAL PARA ESTIMULAR EL DEBATE.

El lector puede tener razón al pensar que se está sugiriendo que la “diplomacia transformacional” una política ya en curso, tendrá continuidad con cualquiera de los gobiernos que resulte de las elecciones del 4 de noviembre. Pero como ya se

³⁰ Condoleezza Rice, “Venezuela vive un ‘asalto a la democracia’” David Brooks (Corresponsal), Ob. cit., p.3.

³¹ Jeremy Bigwood, “Cómo EEUU financia órganos de prensa de todo mundo para comprar influencia mediática”, 7 de junio de 2008, en http://www.inthesetimes.com/article/3697/no_strings_attached/Jeremy, p.1.

³² Ibíd, pp.1-2.

mencionó las condiciones están dadas para una continuidad al menos inicial y el compromiso con el empleo de tales mecanismos políticos no resulta ajeno a ninguno de los dos candidatos. Sin pretender sobredimensionar su proyecto, la “diplomacia transformacional” de Condoleezza Rice engloba el real espectro de problemas que preocupan hoy a Los Estados Unidos, a nivel mundial y hemisférico y articula una respuesta que puede resultar coherente y aceptable para cualquiera de los dos candidatos. Aunque parezca aventurado, se puede afirmar que el proyecto diplomático de la Rice fue concebido no para uno de los partidos, sino para el sistema. Un McCain lo aplicaría más “confrontacional”, sobre todo si tomamos en cuenta la posible presencia de Otto Reich en su administración. Pero no quedan dudas en cuanto a lo funcional que puede resultar a un Obama, aún y cuando no se aplique el proyecto con su actual denominación. Por eso, a modo de provocación final para estimular el debate, se considera muy probable que las propuestas políticas que contiene la “diplomacia transformacional” de la Rice le sobrevivan en el Departamento de Estado y bajo el mandato del próximo inquilino de la Casa Blanca.